

–sin embargo, sería seguido por otros tres reinos universales, después de los cuales...

«...el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido.» (Daniel 2:44)

En la providencia de Dios, a Nabucodonosor se le dio una amplia oportunidad para atribuir al Señor la gloria por el esplendor de su reinado. Y por un tiempo después de la visión de la gran imagen, reconoció a Dios como supremo.

Volviendo a caer en hábitos idolátricos, fue nuevamente, por la liberación milagrosa de los tres hebreos del horno de fuego, llevado a reconocer que:

#### **Daniel 4**

«[El] reino [de Dios] es reino eterno, y su dominio de generación en generación.» (Daniel 4:3)

Pero una vez más el rey pervirtió las advertencias que Dios le había dado, y se apartó del camino de la humildad para seguir las imaginaciones de su corazón naturalmente orgulloso. Pensando que su reino debería ser más extenso y poderoso que cualquiera que le seguiría, hizo grandes adiciones a la ciudad de Babilonia, y se entregó a una vida de placer y auto-glorificación. De este tiempo él mismo dice:

«Yo, Nabucodonosor, estaba en reposo en mi casa, y floreciendo en mi palacio.» (Daniel 4:4)

---

<sup>4</sup> Ezequiel 28:7.

<sup>5</sup> Ezequiel 27:4.

## **20. El segundo sueño de Nabucodonosor**

Debido a que Nabucodonosor no continuó andando en la luz que había recibido del cielo, perdió las santas impresiones que se habían grabado en su mente. Pero Dios, en Su misericordia, le dio al rey otro sueño para salvarlo, si

fuera posible, de apropiarse para sí la gloria que pertenecía al Gobernante Supremo.

El sueño dado en esta ocasión al rey de Babilonia fue uno muy impactante. En una visión nocturna vio un gran árbol creciendo en medio de la tierra, elevándose hasta los cielos, y sus ramas extendiéndose hasta los confines de la tierra.

«Sus hojas eran hermosas y su fruto abundante, y en él había alimento para todos; debajo de él hallaban sombra las bestias del campo, y en sus ramas habitaban las aves del cielo, y de él se alimentaba toda carne.» (Daniel 4:12)

Mientras el rey contemplaba aquel árbol majestuoso, vio «un Vigilante», incluso «un Santo»<sup>6</sup> —un Mensajero divino, de apariencia similar a Aquel que caminó con los hebreos en el horno de fuego. Este Ser celestial se acercó al árbol y, con voz fuerte, clamó:

«Cortad el árbol y cercenad sus ramas, quitadle sus hojas y dispersad su fruto; que se aparten las bestias de debajo de él, y las aves de sus ramas. No obstante, dejad en la tierra el tronco de sus raíces, con ligadura de hierro y de bronce, en la hierba tierna del campo; y sea mojado con el rocío del cielo, y su porción sea con las bestias en la hierba de la tierra. Su corazón sea cambiado de corazón de hombre, y séale dado corazón de bestia, y pasen sobre él siete tiempos. La sentencia es por decreto de los vigilantes, y la demanda por dicho de los santos, para que sepan los vivientes que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere, y pone sobre él al más bajo de los hombres.» (Daniel 4:14-17)

El rey quedó grandemente turbado por este sueño. Evidentemente era una predicción de adversidad. Se lo repitió a los magos, los caldeos y los adivinos; pero, aunque el sueño era muy explícito, ninguno de los sabios intentó interpretarlo. Aquellos que ni amaban ni temían a Dios no podían entender los misterios del reino de los cielos. No podían acercarse al trono de Aquel que habita en luz inaccesible. Para ellos, las cosas de Dios debían permanecer como misterios. En esta nación idólatra, se dio nuevamente testimonio del hecho de que solo los siervos de Dios pueden entender los misterios de Dios.

En los primeros días del conocimiento del rey con Daniel, había descubierto que este hombre era el único que podía librarlo de la perplejidad; y ahora, en este

período posterior de su reinado, el rey recuerda a su fiel siervo de antaño —un siervo estimado por su integridad inquebrantable y su constante fidelidad. Nabucodonosor sabía que la sabiduría de Daniel era insuperable, y que ni él ni sus tres compañeros cautivos comprometieron jamás sus principios para asegurar una posición en la corte, o incluso para preservar la vida misma. Al resultar ineficaz la habilidad de sus sabios, el rey mandó llamar a Daniel para que interpretara el sueño. Dijo:<sup>7</sup>

«Miraba yo en mi visión de noche, y he aquí un árbol en medio de la tierra, y su altura era grande. Crecía este árbol, y se hacía fuerte, y su altura llegaba hasta el cielo, y se le veía desde todos los confines de la tierra. Sus hojas eran hermosas y su fruto abundante, y en él había alimento para todos; debajo de él hallaban sombra las bestias del campo, y en sus ramas habitaban las aves del cielo, y de él se alimentaba toda carne.» (Daniel 4:10-12)

«Veía yo en las visiones de mi cabeza estando en mi cama, y he aquí un vigilante y un santo descendían del cielo. Y clamó en alta voz y dijo así: Cortad el árbol y cercenad sus ramas, quitadle sus hojas y dispersad su fruto; que se aparten las bestias de debajo de él, y las aves de sus ramas. No obstante, dejad en la tierra el tronco de sus raíces, con ligadura de hierro y de bronce, en la hierba tierna del campo; y sea mojado con el rocío del cielo, y su porción sea con las bestias en la hierba de la tierra. Su corazón sea cambiado de corazón de hombre, y séale dado corazón de bestia, y pasen sobre él siete tiempos.» (Daniel 4:13-16)

«Este sueño yo, Nabucodonosor, he tenido. Y tú, Beltasar, di su interpretación, por cuanto todos los sabios de mi reino no han podido darme a conocer la interpretación; mas tú puedes, porque el espíritu de los dioses santos está en ti.» (Daniel 4:18)

El sueño y su significado llenaron a Daniel de asombro, y...

«...sus pensamientos lo turbaron.» (Daniel 4:19)

Pero fielmente le dijo al rey que el destino del árbol era emblemático de su propia caída; que perdería la razón y, abandonando las moradas de los hombres, encontraría un hogar con las bestias del campo, y que permanecería en esta condición durante siete años. Instó al orgulloso monarca a que se arrepintiera y se volviera a Dios, y que con buenas obras evitara la calamidad amenazante. Dijo:

«Por tanto, oh rey, que mi consejo te sea grato, y rompe con tus pecados por la justicia, y con tus iniquidades mostrando misericordia a los pobres; por si acaso, alargando tu tranquilidad.» (Daniel 4:27)

Si el rey hubiera atendido este consejo, el mal amenazante podría haberse evitado. Pero él continuó en orgullosa superioridad. Por un tiempo, se sintió impresionado por la advertencia que se le dio. Pero su corazón no cambió, y el corazón que no es completamente transformado por la gracia de Dios, pronto pierde la impresión hecha por el Espíritu Santo.

Nabucodonosor sentía que estaba arraigado en el corazón de sus súbditos, y su prosperidad lo tentó a hacer cosas injustas. Su gobierno, que en el pasado había sido, en gran medida, justo y misericordioso, ahora se volvió duro y opresivo. La razón que Dios le había dado fue utilizada para su propia glorificación.

Aproximadamente un año después de que el rey recibiera la advertencia, caminaba por su palacio, pensando en su poder como gobernante del reino más grande de la tierra. Y el rey habló y dijo:

«¿No es esta la gran Babilonia que yo he edificado para casa de mi reino con la fuerza de mi poder, y para la gloria de mi majestad?» (Daniel 4:30)

El Dios del cielo leyó el corazón del rey y escuchó sus susurros de autogratificación.

«Aún estaba la palabra en la boca del rey, cuando cayó una voz del cielo: A ti se te dice, rey Nabucodonosor: El reino ha sido quitado de ti. Y de entre los hombres te arrojarán, y con las bestias del campo será tu morada, y como a los bueyes te harán comer hierba, y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere.» (Daniel 4:31-32)

«En la misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor:...» (Daniel 4:33)

En un momento su razón le fue quitada, y se volvió como una bestia.

«...y fue echado de entre los hombres, y comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como garras de aves.» (Daniel 4:33)

Durante siete años fue así degradado. Durante siete años fue un asombro para sus súbditos. Al cabo de este tiempo le fue restaurada la razón y, levantando con humildad sus ojos al Dios del cielo, reconoció la mano divina en su castigo. La transformación había llegado. El poderoso monarca se había convertido en el humilde hijo de Dios, obediente a Su voluntad. El déspota había sido transformado en el gobernante sabio y compasivo.

En una proclamación pública, Nabucodonosor reconoció su culpa y la gran misericordia de Dios en su restauración. El registro dice:

«Al cabo de los días, yo, Nabucodonosor, alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo y entre los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano ni le diga: ¿Qué haces? En el mismo tiempo mi razón me fue devuelta, y la gloria de mi reino, mi dignidad y mi esplendor volvieron a mí; y mis consejeros y mis príncipes me buscaron, y fui restablecido en mi reino, y mucha más grandeza me fue añadida. Ahora yo, Nabucodonosor, alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdad, y sus caminos juicio; y a los que andan con soberbia, él los puede humillar.» (Daniel 4:34-37)

La lección que el Señor quiere que toda la humanidad aprenda de la experiencia del rey de Babilonia es que a todos los que andan con soberbia, Él los puede humillar. Mediante una severa disciplina, Nabucodonosor tuvo que aprender la lección de que Dios, no el hombre, es el Gobernante, y que Su reino es un reino eterno.

Así también los hombres de hoy deben aprender que Dios es supremo. Cuando los hombres tienen éxito en la obra del Señor, es porque Dios les ha dado este éxito, no para su propia gloria, sino para la gloria de Dios. Quien busca robar un rayo de luz de la gloria del Señor descubrirá que será castigado por su presunción. David declara:

«Vi yo al impío sumamente enaltecido, y que se extendía como laurel verde. Pero pasó, y he aquí no estaba; lo busqué, y no fue hallado.» (Salmo 37:35-36)

Que un pueblo se jacte de su propia sabiduría, que exalte el yo y se entregue al orgullo, y el resultado seguramente seguirá. Tan seguro como el sol brilla de día, así de seguro...

«Delante de la destrucción va el orgullo, y delante de la caída el espíritu altivo.»  
(Proverbios 16:18)

Que una iglesia se vuelva orgullosa y jactanciosa, y esa iglesia será humillada. Que aquellos a cargo de cualquier institución se vuelvan presuntuosos, atribuyéndose el mérito del éxito que les ha llegado en ciertas áreas, que se gloríen en su sabiduría y su eficiencia, y ciertamente serán llevados a la humillación.

---

<sup>6</sup> Daniel 4:23.

<sup>7</sup> Nota del editor: la conclusión de este artículo en Youth's Instructor no fue publicada. He insertado los párrafos restantes de una Carta en Manuscript Releases, vol. 7, p. 66 (Carta 114, 1903, a "Los líderes de nuestra obra", 23 de mayo de 1903).